

CRECIMIENTO Y DIVERSIDAD

LA DIVERSIDAD ES ENRIQUECEDORA, PERO COSTOSA

Sería un error imaginarse que semejante reconocimiento puede producirse sin grandes esfuerzos. Trataré de ilustrar esta afirmación con un ejemplo, que ya desde ahora anuncio que no es el único que podría servir para iluminar la problemática aludida.

Los bahá'ís de primera generación, es decir, los bahá'ís “conversos”, suelen experimentar a veces sentimientos ambiguos respecto de la identidad de sus creencias. En muchos casos su conciencia diferencial está íntimamente ligada a experiencias de búsqueda intensa, dramática y aun desesperada de la verdad. En muchos casos esa búsqueda no sólo no ha resuelto conflictos sino que de alguna manera los ha agudizado. El vacío de amigos y familiares, el recelo y sospechas de autoridades, cuando no la abierta oposición u hostilidad, han servido para hacerle ver lo que supone ser bahá'í “de nombre”.¹ Este drama interior de la conciencia resulta aún más violento puesto que todo ese sufrimiento debe sobrellevarse por amor y como cosa necesaria. El proceso se cobra cierto psicológico, contra el que conviene estar prevenidos.

En efecto, el clima de gueto espiritual al que pueden quedar confiados los propios bahá'ís -bien que contra su voluntad-, puede reforzarse mediante comportamientos propios de lo que se conoce como “minorías cognitivas”. Un rasgo común consiste en la mezcla de cierto proselitismo inclusivista y cierto exclusivismo purista.

Me explico. Por un lado, se desea vencer el ostracismo procurando “incorporar” nuevos creyentes (proselitismo inclusivista) al tiempo que se procura mantener la pureza de los principios evitando que la ampliación de la comunidad “comprometa” el desarrollo de la Fe con ideas, principios o entidades que “no son bahá'ís” (exclusivismo puristas). Este modelo no da frutos, puesto que está basado en aspiraciones contradictorias: una ampliación sin riesgos ni sufrimientos.² Las pocas nuevas conversiones no se mantienen, o en todo caso no contribuyen a un mayor crecimiento de la comunidad. Los nuevos “conversos” son bien recibidos; pero de ellos se espera un comportamiento adaptado a una comunidad cuyas

expectativas y normas preestablecidas a menudo dejan escaso margen para la iniciativa individual del nuevo creyente. Inevitablemente se produce el estancamiento.

La falta de crecimiento inherente a este esquema sorprende en su buena voluntad a los propios bahá'ís, quienes creen encontrarse ante un muro de incompreensión exterior.³ La comunidad se hunde en una espiral de desaliento, apatía y resignación. Los problemas personales afloran con más fuerza, al punto de que ya no se ve el bosque. Gran parte de la actividad interna está dedicada a contener la sangría. A menudo, los fracasos se personalizan en determinados creyentes considerados “difíciles”. Es evidente que algo no va bien. ¿Qué es lo que ha fallado? No todas las comunidades llegan a plantearse la pregunta, y ello ya es un indicio seguro de bloqueos internos. Pero incluso entre aquellas comunidades capaces de sincerarse, tampoco resulta fácil ni cómodo dar con posibles soluciones. Y es que rara vez se pone en cuestión el modelo mismo de crecimiento por el que han sólido guiarse. Ante la posibilidad de inducir una crisis -necesariamente dolorosa-, una mayoría de comunidades bahá'ís se retraen y optan por la continuidad bajo mínimos. Llevada a su extremo, tal preocupación produce efectos paralizantes que sólo pueden resolverse mediante una dedicación de esfuerzos consecuente con la realidad.

También suele darse la impresión de que el crecimiento de las comunidades bahá'ís no puede ni debe ser penoso. Esta noción curiosamente tiende a incrementar la desazón que experimentan muchos bahá'ís sinceros para las cuales toda la fábrica de la comunidad bahá'í se viene abajo cuando se producen desencuentros. El temor a enfrentarse a situaciones impredecibles y presumiblemente conflictivas inhibe la acción que podría resolverlas.

Frecuentemente este temor relaciona de forma certera sufrimientos con conflictos y éstos con falta de unidad. Pero en lugar de extraer las consecuencias de este diagnóstico y poner remedio, quien lo padece suele identificar sufrimientos con “conflictos”, y de esta premisa deduce que una comunidad unida es una comunidad “que no sufre”, cuando en realidad una comunidad unida es una comunidad en las que sus miembros sufren juntos. En este último caso se encuentran las comunidades cuyos sobreesfuerzos van dirigidos a reducir al mínimo posible las zonas de fricción, en lugar de fomentar los aspectos que refuercen mejor su unidad. Entendida como mera ausencia de conflictos la unidad es un concepto inerte.

Esta inversión de los términos naturales de la relación de comunidad tiende a pasar desapercibida a sus propios protagonistas, quienes normalmente bastante hacen con sortear las dificultades. Ésta es una de las razones por las que las

comunidades bahá'ís necesitan el refuerzo positivo que puedan aportarles los Institutos de Recursos Humanos, los miembros del Cuerpo Auxiliar (a través de sus asistentes) o el de las Asambleas Nacionales (a través de sus Comités Administrativos). Ahora bien, las comunidades deben acostumbrarse a ver esta intervención “externa” como un recurso propio (interno) a su disposición y no como una solución.

SUPERAR TENDENCIAS EXCLUSIVISTAS

La necesidad de ir eliminando tendencias exclusivistas constituye un objeto fundamental de las comunidades bahá'ís de todo el mundo. En general, se entiende por exclusivismo todo lo que acentúa lo exclusivo sobre lo universal. Incluso lo universal puede predicarse de una manera puramente particularista. Recuérdese que el universalismo católico de un San Francisco de Asís es compatible históricamente con la existencia de las Cruzadas y la Inquisición. Y recuérdese que un mensaje “cósmico” o “universalista” puede muy bien servir de carnaza a una secta destructiva.

Una forma de superar este problema consiste en difundir símiles e historias que sirvan de refuerzo a la imaginación e inviten a una reflexión madura. Del mismo modo, es preciso aclarar teóricamente (es decir, literalmente “viéndolo”) que lo particular no se contradice con lo universal. Virtudes como la justicia o el amor son virtudes “particulares” (en el sentido de diferenciables), pero no por ello cabe catalogarlas como antitéticas o contradictorias. El hecho de que entre ellas exista una tensión evidente no contradice su naturaleza universal. Análogamente, en el plano de las realidades sociales, las particulares de organización institucional, mentalidad, lengua e historia no tienen necesariamente por qué prosperar y mucho menos definirse a expensas de otras formas diferenciadas.

Trasladado a la realidad de nuestras comunidades bahá'ís, una concepción no particularista requiere conductas apropiadas. Por un lado, eso supone:

a) Vencer los prejuicios internos.

Las comunidades bahá'ís son pequeños microcosmos. Lo que sucede en la sociedad también ocurre en ellas. La diferencia está en que el entorno de las comunidades presenta condiciones óptimas para superar las trabas que en la sociedad en general constituyen obstáculos casi insuperables. El amor a Bahá'u'lláh, el espíritu de fraternidad, la consulta y el gran número de principios explícitos de ámbito general y particular, así como de normas morales, impiden que determinados prejuicios puedan prosperar si no es degenerando rápidamente en “autoexclusión”. Dicho de manera burda, el bahá'í que discrimina a otro bahá'í

por razón de su origen social, etnia, género o forma de expresarse acaba teniéndolo muy difícil. La experiencia demuestra que un comportamiento prolongado en una dirección moralmente inaceptable suele acabar siendo incompatible el funcionamiento normal dentro de las comunidades bahá'ís. En tales casos no es infrecuente que la persona deje de identificarse activamente como bahá'í o incluso que sufra algún tipo de sanción disciplinaria.

b) Mayor apertura en las relaciones con la sociedad.

Dar a conocer el mensaje bahá'í no consiste en tener una entrevista, mostrar unos escritos y “sacudirse el polvo”. Este tipo de concepción proclamatoria de la actividad externa de la fe es propio de comunidades pequeñas dominadas por ideas un tanto literalistas del poder autoexplicativo del “mensaje bahá'í”. Conforme las comunidades van madurando, e incluso creciendo en número, también aumentan las posibilidades de crear relaciones estables con otras entidades afines, con las autoridades e instituciones públicas. Teniendo en cuenta esta perspectiva, es claro que lo importante para las comunidades bahá'ís es crear lazos merced a los cuales se dé oportunidad y tiempo para que nos vaya conociendo por nuestras aportaciones, teóricas y prácticas, al buen hacer de la comunidad. La mayor apertura no consiste en hacer contactos más frecuentes, que “por su propia naturaleza” son esporádicos, sino en establecer relaciones razonables estables en determinadas áreas afines a nuestros esfuerzos.

c) Mayor flexibilidad en las relaciones con la sociedad.

La flexibilidad supone cierta capacidad de sacrificio. Incluso en los mejores casos, una mayoría de las instituciones de nuestra sociedad funciona de acuerdo con principios y normas que dejan mucho que desear. Participan en estas instituciones resulta, por tanto, una experiencia dolorosa y moralmente difícil. El bahá'í no puede pretender cambiar de entrada todas las normas de juego para adecuarlas al ideal bahá'í. Por ello es importante que los bahá'ís acudan a estas instituciones con ideas claras y un plan estratégico al que poder atenerse. Idealmente, los miembros de estas instituciones deben saber cuáles son nuestras ofertas de cooperación, nuestros límites y nuestras limitaciones.

Notas:

1. A la luz de esta reflexión y de lo que se quiere decir cuando se habla de “el Más Grande Nombre”, debería pensarse en el mérito intrínseco que tiene ser bahá'í “de nombre”.

2. Quizás la cita de Rabindranath Tagore no resulte ociosa: “No podemos mantener nuestra alma limpia y concederle privilegios por el más minucioso

cuidado en evitar las contaminaciones, sino estimulándola a dar expresión vigorosa a su vida interna en medio mismo de todo el polvo y el calor” (Oriente y Occidente, Epistolario, op.cit, pág.84).

3. Fruto del cual son análisis basados en la dureza de oído y corazón de las gentes del lugar. Se habla entonces de su materialismo, y de otros graves defectos que explicarían la ausencia de conversiones. Sobre este punto vale la pena recordar las palabras del propio ‘Abdu’l-Bahá cuando ya en Canadá manifestó su sorpresa ante la receptividad de unas gentes que de creer a sus informadores serían demasiado remisas a oír el mensaje bahá’í.

Tomado de:

“Hacia un Discurso Bahá’í: elementos para la reflexión”

Miguel Gil Santesteban

Primera edición -1996.

Barcelona-España

Editorial Bahá’í de España

Págs. 70-75.